

derecho que España á la gloria de realizar esa regeneracion? España llevó el imperio de los Moctezumas, el cristianismo y la civilizacion: bajo su amparo se desarrolló de una manera inaudita la grandeza de aquel país, envidia siempre de las potencias extranjeras, y á pesar de las revoluciones y de los trastornos de que ha sido teatro desde su emancipacion, aún existen indelebles testimonios de la sabia y paternal dominacion española en sus monumentos públicos, en sus usos y costumbres, en sus leyes, en su idioma y en el corazon de muchos de sus hijos.

Antes de reunirse en Veracruz las fuezas de la Liga, ya estaban representadas allí las dos tendencias que debian disolverlas. Los Ministros de Inglaterra y Francia habian marchado con un corto intervalo de Méjico á Veracruz. Disipada para el primero la esperanza de ajustar por medio de un tratado las diferencias con la República, vió que la expedicion combinada se venia á más andar sobre las costas de Méjico, aún ántes de que la legion británica tuviera siquiera noticia oficial de la Convencion de Lóndres, que no le fué conocida por despachos de su Gobierno sino mucho despues de haber desembarcado las tropas españolas en Veracruz. Trasladóse, pues, á aquel puerto sin otra idea que servir en todo caso de escudo á los intereses de sus nacionales.

M. de Saligny, Ministro francés, despues de haberse regocijado interiormente por el mal sucesos de las negociaciones entre la legacion inglesa y el Gobierno de Juarez, como lo revela en su correspondencia con el Capitan general de la isla de Cuba, General Serrano, y de haber puesto espuela á esto, segun se dijo, para la pronta salida á Veracruz de la flota española, fué al encuentro de ella para inocular, si era posible, á los jefes de la expedicion su rencor implacable contra la República, su antagonismo radical, su falta de buena fe, de rectitud y sus miras siniestras y pasiones rencorosas. Sucedió todo lo contrario merced á ciertas afinidades de carácter entre el General Prim y Sir Charles Wyke, que hicieron natural para ambos la inteligencia reciproca y que nos salvó de ser cómplices de tantas calamidades.

Entre las conferencias que tuvieron en Veracruz los representantes de las tres potencias aliadas resaltó siempre el deseo del Contraalmirante Jurien de la Graviere por cierta debilidad de carácter y cierto hábito de subordinacion, segun se vió, á prestarse y ejecutar instrucciones que no podia aprobar en conciencia con su espíritu recto y extraño hasta entónces á toda pasion mezquina en la cuestion mejicana. No hubiera necesitado más que seguir estudiando por sí mismo los hechos para deponer las prevenciones erróneas en que le habia imbuido el Ministro de Francia para convencerse que en Méjico no habia ni orden ni política posible sino sobre la base de los principios liberales y reformadores, y para secundar por fin las miras de los representantes de España é Inglaterra.

En cuanto á M. de Saligny, su monomania habitual, en vez de curarse, se exacerbó con la impotencia y aislamiento á que se halló reducido en las conferencias, y proclamaba altamente que todo arreglo con Méjico debia comenzar por *reventar y aplastar* á los partidarios de Juarez, y que por su parte ejerceria la intervencion de *consejo, único que conforme á la Convencion de Lóndres podia tener en la política de la República*, predicando, como lo hacia, el establecimiento de una monarquía bajo el cetro de un príncipe extranjero.

(Continuará.)

ANTE EL CADÁVER DE ADELARDO LOPEZ DE AYALA

Te ví cruzar la arena de la vida sembrando flores y arrancando abrojos; despues el fuego que brotó en tus ojos daba á la luz su eterna despedida.

El noble aliento que á la fe convida brillaba de la muerte en los despojos, y allá del sol en los espacios rojos la llama en nuestro espíritu escondida.

¡Eterna noche de fatal quebranto tu muerte alumbrará; mas si tu vuelo rápido asciende y nos abrasa el llanto, dile á la fama que ensanchó tu vuelo, que un águila cual tú se eleva tanto porque es su nido la extension del cielo!

A. HIDALGO DE MOBELLAN.

LA HERMANA DOLORES

(ESQUELETO DE UNA NOVELA)

En los pueblos de costumbres puras, la casa continúa siendo el santuario de la familia, y hasta introducirse en cualquiera de estos hogares para presenciar escenas conmovedoras y edificantes. El realismo de la vida doméstica es la mejor fuente de inspiracion novelesca.

Estamos en cierta capital española de segundo orden y en casa de un alto funcionario público, tan venturoso en su carrera administrativa como desgraciado en sus asuntos domésticos. Nadie tan amante como él de su familia, ni nadie tan duramente castigado en sus afectos íntimos.

Sólo le quedan dos hijas. María de los Dolores y María de las Nieves, por otros nombres, tan familiares como graciosos, Solita y Blanca.

Tiene aquélla veintitres años, veinte ésta; ambas son hermosas; morena como una endrina la primera, y rubia como el oro la segunda; las dos idolatran á su padre D. Buenaventura, el cual concentra en ellas aquel cariño que repartiera un día entre su esposa y demás hijos: aunque de constitucion delicada las dos, Solita disfruta de buena salud y Blanca está gravemente enferma, y una y otra, por último, son objeto de la incesante solicitud de aquel padre sin ventura, que tiembla á cada paso por sus hijas.

No obstante, Solita ha sido y es el alma de aquella familia; su mirada firme y penetrante todo lo prevé y á todo atiende, complaciendo y sirviendo á cuantos la rodean, como si este fuera el único fin de su existencia. Su brillante educacion, cultura intelectual, maneras distinguidas, sentimientos delicados y buen gusto, le dan todo el aspecto de una señorita del *gran* mundo que posee y practica á maravilla el arte difícil de agrandar; pero bajo apariencias tan seductoras se oculta realmente una verdadera hermana de la caridad, un ángel del hogar doméstico que profesa el amor á los suyos en grado heróico.

La terrible enfermedad que va minando poco á poco la existencia de Blanca entra en su período último. D. Agustín, el anciano médico, que en compañía de su hijo Fernando, apuesto jóven que acaba de terminar la carrera, visita diariamente á la enferma, mueve tristemente la cabeza al retirarse; D. Buenaventura retiene las lágrimas que á pesar suyo afluyen á sus ojos; Fernando estrecha amorosamente entre las manos suyas la mano delicada de Solita; ésta lo advina todo, pero calla y se desvive por su Blanca, que en medio de su debilidad grande sueña con viajes de recreo y proyectos de ventura a.

Solita no se separa un punto del lado de su hermana; duerme con ella cuando tal capricho tiene la angelical Blanca; la lava, peina y viste por sus propias manos; con nimiedad elegante adorna las gorritas de encaje y blanquísimas batas de la enferma, como si diariamente la vistiese para recibir la primera comunión; cual si fuese una pluma la toma en sus brazos y la trasladada desde la cama á la mecedora y desde la mecedora á la cama, como pudiera hacerse con una muñeca inofensiva; comparte con ella sus comidas y bebidas, comiendo en el mismo plato y bebiendo en el mismo vaso; y, en fin, cualquiera que las viese acariciándose sin cesar por medio de aquellos ósculos y abrazos interminables, diria que Solita abrigaba el proyecto de inspirar en sus propias entrañas el virus deletéreo que mataba lentamente á su hermana.

¡Sacrificio inútil! Blanca se apagaba por momentos, dulcemente, sin angustias ni convulsiones, con chapetas sonrosadas en las mejillas, faz escuálida y desencajados ojos, como se apaga la luz que sólo puede chupar una gota última de aceite, y sin más anhelo, sin otra aspiracion que la de tener cerca, muy cerca, tocándola siempre, á su hermana.

—Por Dios, Solita, no tanto, no tanto—decia el atribulado y previsor padre, conteniendo las imprudentes lágrimas.

Blanca se durmió al fin, para nunca más despertar, en el regazo de Solita, como se duerme la hija en el regazo de su madre. Agujereado el capullo, la mariposa remontó el vuelo y tornó al empiro, su patria, dejando á D. Buenaventura en herencia el estupor por de pronto, la pena acerba despues y el abatimiento enervante por último.

Solita no pudo más y se desplomó sobre el lecho, enferma, verdaderamente enferma.

D. Agustín y Fernando acudieron solícitos, poniéndose incondicionalmente al servicio de la nueva enferma y de aquel padre infortunado.

—Resignacion, D. Buenaventura.

—La tengo, D. Agustín; pero me faltan fuerzas. Solita es el único lazo que me liga á este mundo, y no podré resistir este golpe.

—No estamos en ese caso. Solita tiene otra constitucion, diferente temperamento, y la ciencia le dice á Vd. por mi humilde conducto que Solita es la más fuerte de la familia.

—Me consta por dolorosa experiencia. No habia en el mundo familia más feliz que la mia. El cielo me dió una esposa y cinco hijos que no tenian que envidiar nada á nadie. Aunque todos de constitucion delicada, los cinco llegaron á la mocedad sin habernos dado un disgusto ni haber estado un dia enfermos: eran el orgullo de mi casa y la corona de mi ancianidad. Apenas terminó su carrera, mi hijo fué el primero que dió señales de la terrible enfermedad que han heredado sin duda de sus ascendientes maternos. Cuatro meses únicamente luchó contra el insidioso enemigo. Mi esposa, que idolatraba á su hijo único, no pudo resistir tan fiero golpe, y, víctima de igual dolencia, murió un año más tarde. Quedé sólo con mis tres hijas: Inés, la más pequeña, falleció del mismo mal cuando únicamente contaba quince abriles, y desde el primer momento ha asistido Vd., aunque infructuosamente, á mi pobre Blanca.

—Amigo mio, la impotencia de la medicina es la desesperacion del médico pundonoroso.

—Lo sé y no se lo recuerdo á Vd. en son de queja, sino de amistosa consulta. Solita ha sido la enfermera vigilante y amorosa de mis cuatro queridos difuntos. Ni de dia ni de noche se ha separado un momento de su lado. Con risueño

semblante y valor inconcebible en tan tierna doncella, mi hija ha apurado gota á gota el cáliz de amargura tanta. Ni siquiera le ha sido permitido desahogarse llorando. Enfermera y ama de esta casa á la vez ha sepultado sus penas en lo más recóndito, y el mundo, me refiero al mundo indiferente de los simples conocidos, no ha sorprendido una lágrima en su apacible y siempre bondadoso semblante. Pero también el cristal se quiebra y hasta el acero se rompe, y mi hija... la última y la mejor de mis hijas... ahí yace...

D. Buenaventura no pudo proseguir y rompió en amargo y silencioso llanto.

—No se apure Vd., amigo mio; vamos á reconocerla.

Así se hizo, y el Galeno encontró á la enferma víctima de una fuerte pasión de ánimo y de una especie de terror fisiológico inexplicable; pero sin ninguna lesión orgánica que hiciese temer por su vida. Recobró en parte la tranquilidad aquel padre atribulado, y hasta del pecho de Fernando se escapó hondo suspiro.

Cuando quedaron solos intentó D. Buenaventura reanimar á su hija; pero Solita, temblando de angustia y de vergüenza, hizo al autor de sus dias la confesion siguiente:

Perdóneme Vd., padre; pero hace mucho tiempo que estoy engañando á Vd. y luchando desesperadamente conmigo misma. He fingido un valor y una despreocupacion que ni he tenido nunca ni tengo. Me muero de aprension y de asco. Por deber no me he apartado una línea de mi madre y hermanos, especialmente de Blanca; pero esta casa pesa sobre mi cuerpo como losa de plomo; estas ropas y muebles crispan mis nervios; el aire que aquí respiro me envenena y ahoga; la vajilla en que como me causa náuseas; la oscuridad me aterra; hace noches que no puedo conciliar el sueño y continuamente me imagino en brazos del espectro de la muerte.

D. Buenaventura alquiló inmediatamente una casita en el campo, la amuebló de nuevo, se deshizo hasta de las ropas de su particular uso y del de su hija, y en pocos dias, y como por encanto, Solita recobró completamente la salud.

Desde entónces, padre é hija vivieron exclusivamente el uno para el otro, tanto, que en algunas de sus excursiones veraniegas á las fuentes famosas azoadas, los tomaban por recién casados, y más de un galán envidió la suerte del afortunado viejo, supuesto esposo de Solita.

Fernando, cada vez más enamorado de ella, sólo esperaba ocasion oportuna para declararla su atrevido pensamiento. Así trascurrieron algunos años, durante los cuales se disfrutó nuevamente de cierta felicidad relativa en casa de Solita; pero como dicha cumplida sólo en la otra vida, D. Buenaventura, maltrecho por la edad y los disgustos, cogió no se sabe en dónde unas calenturas perniciosas, y todos los desvelos de D. Agustin y Fernando fueron inútiles para salvarle.

Solita quedó completamente sola en el mundo. Trascurrido algun tiempo, curada parcialmente tan honda pena, y aliviado el negro luto, Fernando se apresuró á ofrecer su proteccion y honrada mano á Solita. Vaciló la graciosa huérfana, impetró el auxilio del cielo, meditó el asunto detenidamente, é imponiéndose el último sacrificio, rechazó tan ventajoso matrimonio en estos honrosísimos términos:

—Circula por mis venas herencia terrible que tarde ó temprano dará sus naturales frutos. No puedo, no debo, no quiero sacrificar la felicidad

de una familia, que me es tan querida, en aras de mi egoísmo.

Los médicos lucharon en vano con aquella voluntad de hierro. Solita desapareció un dia sin que fuese posible averiguar su paradero, despidiéndose cariñosamente de sus buenos amigos y haciendo donacion escriturada de sus pocos bienes á D. Agustin, so pretexto de honorarios devengados por éste.

Fernando ahogó su pasión amorosa, creyendo firmemente que nunca habia sido correspondido.

Años despues, la guerra civil, que es la más implacable de las guerras, desgarraba las entrañas de la madre patria y tenía de española sangre las faldas pintorescas de los montes eúskaros. Librábase una terrible batalla en las inmediaciones de Somorrostro. Descargas cerradas de fusilería é incesante fuego de cañon atronaban el contorno, prolongándose y repitiéndose de valle en valle y de monte en monte. Las ambulancias recorrían el campo recogiendo heridos y enterrando muertos. Con general asombro cierta hermana de la caridad iba y venía desafiando el peligro en alas de su amor verdaderamente evangélico. Con profundo respeto pronunciaban el nombre de la *hermana Dolores* todos los labios. De repente una bala perdida dió en tierra con la heroica hermana, y sus blanquísimas tocas aparecieron manchadas de sangre. La ambulancia colocó en una camilla á la inocente víctima de la caridad y la retiró á escape del lugar peligroso. Un sacerdote y un médico volaron al encuentro de la moribunda.

—¡Solita!—exclamó aterrado el segundo al reconocer á la hermana.

—¡Fernando!—dijo entre dientes, junto al oido del médico, la hermana Dolores.—Te amé en vida y te bendigo en muerte. Agradéceme que no quisiera hacerte desgraciado, y ayúdame ahora á bien morir.

La herida era, en efecto, mortal, y despues de haber recibido con gran fervor los últimos Sacramentos, miró á Fernando como emplazándole para las bodas eternas, y la hermana Dolores espiró.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

MISCELÁNEA

Nuestro Director, Sr. Pando y Valle, ha recibido, como Cónsul del Salvador y para remitir al Dr. Zaldivar, Presidente de dicha República, el valiosísimo regalo que le hace á dicho [Doctor el Congreso de los Diputados de una coleccion completa del *Diario de Sesiones*, desde 1808 hasta la fecha, compuesta de 235 tomos.

Son tan escasas las colecciones de esta índole, que bien puede calificarse de magnífico el presente, tanto más cuanto que en ninguna República hispano-americana existe dicha interesante obra.

Al remitir en uno de los primeros correos dichos tomos al Presidente del Salvador, se le enviarán también otros libros, folletos, reglamentos y títulos que varias sociedades y particulares regalan al referido Estado como muestra de confraternidad.

El Dr. Orfila, notable químico y médico español, que logró conquistarse en París tan alta reputacion como para merecer ser nombrado Decano de aquella Facultad de Medicina, escribió á su amigo M. Vendôme una interesante carta, todavía hoy de oportunidad, á pesar de los muchos años trascurridos desde que llegó á su destino.

Su contenido es el siguiente:

«A mi amigo el corregidor Vendôme.

«Si llega á temerse la invasion del cólera, procure usted cuidarse de antemano, para prevenir sus efectos, no comiendo demasiado, privándose de beber vinos puros y licores espirituosos, no fatigándose, y sobre todo, cuidando mucho no resfriarse. Si á pesar de todo esto el mal ataca, la enfermedad principia, 98 veces entre 100, por una diarrea poco ó nada dolorosa que los enfermos descuidan casi siempre; cuidela usted mucho; cuidela Vd., le repito, guardando cama y dieta.

Tome Vd. agua de arroz y algunas medias lavativas con láudano, y mientras dure la diarrea guarde usted dieta y procure sudar. No tendrá Vd. el cólera, porque lo habrá sofocado con este método. Eche usted cinco ó seis gotas de láudano en cada lavativa de sustancia ó de agua de arroz, y tómese Vd. dos cuartillos al dia de la misma agua.

No crea Vd. lo que dicen de que los médicos no curan los coléricos; esto es falso: no los curan cuando están ya frios, azules y casi moribundos; pero saben curar y curan el primer periodo del mal, haciendo lo que acabo de decir á Vd., y previniendo ó impidiendo de esta manera que el mal llegue al segundo periodo. Yo he visitado muchos enfermos, amigos y parientes, y ni uno solo se me ha desgraciado, porque de antemano los habia prevenido para cuando llegara el caso de llamarme.»

Una correspondencia de Washington dice que en cumplimiento de una orden del Ministerio de Negocios Extranjeros, el Diputado M. Stewar, de Tejas, ha preparado un proyecto de ley que pide el nombramiento de tres comisionados para estudiar y tomar informaciones, durante dos años, referentes á las comunicaciones por vía férrea entre las naciones sud-americanas y los Estados-Unidos. El proyecto de ley pide que la comision visite Méjico, Guatemala, Honduras, San Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, República Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay y Brasil. Dicho proyecto de ley señala 70.000 pesos para pagar los gastos de los comisionados, cuyos honorarios serian de 5.000 pesos anuales para cada uno.

El Sr. Stewart dice en su Memoria, que acompaña al proyecto, que un ferro-carril desde alguna parte de Tejas á otro cualquier sitio de este país donde se halle establecida una comunicacion con el camino de hierro de los Estados-Unidos á la ciudad de Méjico y que atravesando despues ésta República y Centro América pase por el istmo de Darien y por el Este de los Andes, continuando por el Sud de América hasta la República Argentina, encontraria muy pocos obstáculos naturales, y la distancia no excederia de 6.800 millas. Cuando este camino de hierro esté construido, nuestro comercio, observa, aumentará hasta un punto que sobrepusará cuanto ahora pueda estimarse, y entónces estaremos en situacion de repetir á los Gobiernos europeos las célebres palabras del Presidente Monroe, «que nosotros considerariamos como contraria á nuestra paz y seguridad cualquiera tentativa de su parte para extenderse en alguna porcion de este hemisferio.»

PRECIOS DE SUSCRICION

ESPAÑA Y EXTRANJERO

| | Semestre. | Año. |
|-----------------|------------|----------|
| Madrid.... | 6,50 ptas. | 12 ptas. |
| Provincias..... | 7 » | 12,50 » |
| Extranjero..... | 15 » | 25 » |

PROVINCIAS ULTRAMARINAS Y REPÚBLICAS AMERICANAS.

Á PAGAR EN ORO.

| | | |
|--|-------------|-------------|
| Cuba y Puerto-Rico..... | 3 pesos fs. | 5 pesos fs. |
| Filipinas y Repúblicas americanas..... | 3 » | 5 » |

La correspondencia se dirige á D. Jesús Pando y Valle, calle de Ruiz, 18, segundo, Madrid.

MADRID.—Imp. de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 40.